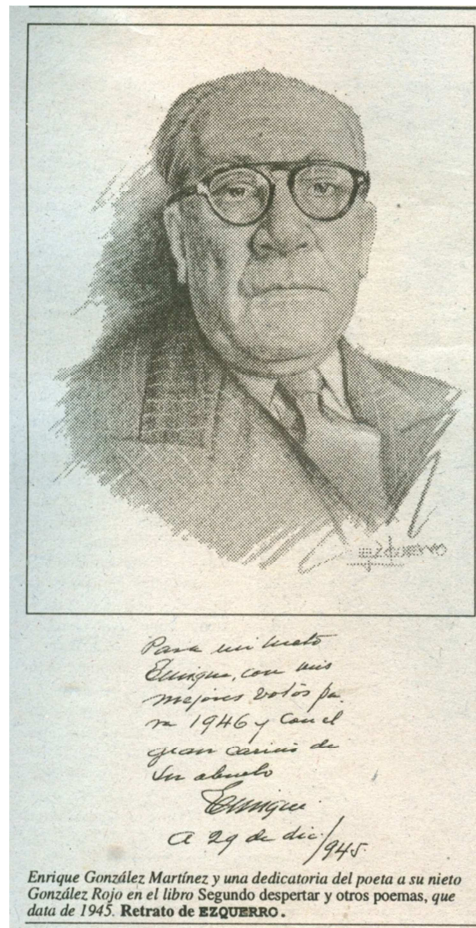


Homenaje nacional a Enrique González Martínez

La poesía de mi abuelo no
figura en los libros de texto:
Enrique González Rojo

EL 9 de mayo de 1939, Enrique González Martínez recibe quizás el golpe más trágico de su existencia: la muerte de su hijo, el poeta Enrique González Rojo, de 39 años de edad. Después de la muerte de su esposa, acaecida cuatro años antes, nada puede dolerle más atrocemente. Sin embargo, mantiene su estoicismo, y la poesía que brota de su pluma es igual de equilibrada y precisa. Señor de sí mismo --"soy enemigo declarado del énfasis en la "vida y en el arte"--, González Martínez escribe: "¿A qué reino de sombras has huido? / ¿Qué lengua aprenderé para llamarte? / ¿Qué viento me dirá que me has oído?..." Y surge la pregunta: ¿Cómo habrá logrado, este señero poeta, domeñar la palabra, al punto de volverla un instrumento tan perfecto y medible? Enrique González Rojo, poeta, nieto de Enrique González Martínez e hijo, a la vez, de aquel otro Enrique muerto prematuramente, también poeta y miembro de la generación de Contemporáneos, es quien tiene a palabra.

EUSEBIO RUVALCABA



--Mi abuelo siempre se exigía a sí mismo la entereza. Lo mismo en el arte que en la vida. Ni siquiera el día de su muerte, un 19 de febrero de 1952, perdió ese equilibrio. Creo que en la vida un hombre debe prepararse para una sola cosa: para morir. Y mi abuelo lo aprendió esto y se lo transmitió a las personas que lo rodearon, a los que convivimos con él. Creo que logró esta medida porque su maestra fue la poesía, fue quien le enseñó a aceptar las cosas. Recuerdo las circunstancias de su muerte. La noche anterior habíamos estado conversando, hasta muy tarde, él, mi abuelo, mi primo Héctor, y yo. Reímos mucho. Al día siguiente, 19 de febrero, mi abuelo no se paró. Más aún: nos dijo que fuéramos por el doctor porque se sentía mal. Vino el médico y ordenó que se compraran

medicinas. Lo hicimos. Pero mi abuelo no se repuso. De hecho, nos suplicó que llamáramos a otros parientes, que se quería despedir de todos. Fueron llegando y, en efecto, les fue diciendo adiós a unos y otros. Para todos tuvo una palabra inteligente. Dijo que se iba con la preocupación de no ver a México convertido en un país socialista y de no dejarme casado --yo estaba apenas en vías de contraer mis primeras nupcias--. Así las cosas, de pronto él mismo se tomó el pulso, se volvió a mirarnos y dijo: "Ya se les va su viejo". Y cerró los ojos para siempre.

--¿Por qué a Enrique González Martínez en el momento en que muere, le preocupó especialmente el hecho de que usted no estuviera casado? No es común en el caso del abuelo respecto del nieto.

--Porque yo viví con él de mis diez a los 22 años, es decir, los últimos doce años de la vida de mi abuelo. Cuando se murió mi padre, yo pasé a vivir con él. Me considero una persona privilegiada. Yo heredé el amor que mi abuelo le tenía a su hijo, es decir, a mi padre, el otro Enrique González Rojo, el poeta del grupo de los Contemporáneos. Cuando mi padre muere, no sólo perdió mi abuelo al hijo amado, sino al poeta que pronto habría alcanzado su gran despliegue literario. Esa pasión por la literatura, mi abuelo la vació en mí. Fui adoptado por él. Por lo que yo recibí todas sus enseñanzas. El me enseñó a versificar. Qué mejor maestro pude haber tenido. Sosteníamos charlas literarias, en la sobremesa, en los paseos que hacíamos juntos. Me hablaba de sus autores preferidos, de sus lecturas predilectas. Respetaba mucho a

Pellicer, a Díaz Mirón, a Gorostiza. Yo lo escuchaba y aprendía. Pero lo curioso, lo verdaderamente curioso, es que así como él leía mis primeros poemas y opinaba respecto de ellos, yo leía los poemas suyos, que habrían de ser los últimos, y opinaba respecto de ellos. A él le gustaba escuchar mi juicio en relación con su trabajo.

--Se dice que en vida fue un poeta justipreciado, que en torno suyo los jóvenes se reunían a escuchar sus consejos.

--Es cierto. No sólo recibía cerros de correspondencia de jóvenes poetas mexicanos e hispanoamericanos, sino que la casa, ubicada en Mayorazgo 715, hoy Adolfo Prieto, era visitada frecuentemente por jóvenes temerosos que acudían con sus poemas bajo el brazo, en busca de una opinión, la opinión del maestro. Por ejemplo, Octavio Paz, él también era de los que iban a visitarlo. Creo que esto influyó, que estuviera, en contacto con las nuevas voces, influyó en mi abuelo, porque siempre estuvo atento a otros estilos, a otros modos de hacer literatura. Se esforzaba por comprender otras vertientes.

--¿Escribía a mano?

--No, corregía a mano, eso sí, una vez que escrito el poema en su máquina de escribir.

--¿Dejó obra inconclusa?

--Actualmente todo ha sido publicado. Me refiero a su poesía. Porque se está haciendo el acopio de su correspondencia, que es vasta y que, seguramente, una vez publicada, podrá acercarnos más a su persona y a su

obra. Sostuvo correspondencia con grandes hombres contemporáneos suyos, como Romain Rolland, por citar sólo un ejemplo.

--¿En qué medida beneficia un homenaje a un poeta muerto hace más de 40 años? ¿Producirá más lectores de su obra, o sólo se trata de un espejismo cultural?

--Una vez muerto mi abuelo, se inició un proceso de exclusión de su poesía. Pero hay que irse un poco más atrás. Como decíamos, mi abuelo encarnó una figura que aglutinaba a su alrededor admiración y respeto. Alfonso Reyes dijo de él: “Uno de los hombre más extraordinarios y uno de los poetas más altos de nuestra América. Representa una de las realizaciones más completas del ideal mexicano, por entereza y por cortesía, por su melancolía secreta y su buen humor ostensible”. Y a esta opinión podríamos sumar muchas otras: de Enrique Díez Cañedo, de Heliodoro Valle, de Pedro Enríquez Hureña, José Vasconcelos, Giner de los Ríos, en fin de intelectuales y hombres de letras prominentes, que coincidían, y así lo dejaron escrito, en que mi abuelo era una notable figura literaria. Sin embargo, al morirse, y con el paso del tiempo, las cosas fueron cambiando. Poco a poco, mi abuelo fue cayendo en el olvido. Hasta definitivamente quedar excluido de una de las antologías más importantes que ha habido de la poesía mexicana, la de *Poesía en movimiento*, dirigida por Octavio Paz. Esta antología aparece en 1966, 14 años después de muerto mi abuelo. Yo me pregunto cuáles fueron las circunstancias que determinaron este cambio de parecer. Y lo atribuyo,

básicamente, no sólo a cambios de sensibilidad en el público lector, no sólo a la aparición de nuevas y diversas corrientes poéticas, de nuevos libros, sino, más notorio aún, a la influencia de los grupos de poder cultural. Para mí es claro: los grupos de poder no sólo influyen en el presente sino en el pasado, es decir, pretenden modificar la historia de la literatura de acuerdo con sus concepciones. A tal punto, que un grupo cultural de esta naturaleza, es decir una mafia, es capaz de ejercer la censura no sólo en el presente sino hacia atrás y hacia adelante e influir en un amplio círculo de críticos y estudiosos; de tal modo que así se convierte, esa mafia, en el ejercicio de la prepotencia intelectual, es decir, se encarga de discriminar, de prohibir, de declarar esto vale y esto no vale. Pero el suyo es un juicio que no está basado en ninguna apreciación crítica, en un análisis objetivo y serio, sino estrictamente en gustos personales.

--¿De dónde más ha sido excluido la poesía de Enrique González Martínez?

--Ni más ni menos que de los libros de texto gratuitos. En estos volúmenes no figura González Martínez. De ahí que en este ambiente y por estas razones, un homenaje a mi abuelo resulta muy positivo, porque sin lugar a dudas un país debe recuperar su historia, en este caso literaria. Ahora existe la posibilidad de que una juventud atenta y estudiosa vuelva los ojos a estos poetas, injustamente hechos a un lado, insisto, por los grupos que predominan en el poder cultural.

--¿Qué opina usted de la cobertura que se le ha querido imprimir a este homenaje? ¿Le parece adecuada?

--No. Creo que Sinaloa debió figurar entre los estados que habrían de rendir homenaje a mi abuelo. Porque Sinaloa representó un punto fundamental para él en su historia literaria y personal. Ahí publicó sus primeros cuatro libros, todos, desde luego, de poesía. El primero, *Preludios*, en Mazatlán; los siguientes tres en Mocorito: *Lirismos*, *Silenter* y *Senderos ocultos*. De hecho, en Mocorito ejerció su profesión de médico. Entre paréntesis, déjame decirte que mi abuelo no era lo que se conoce como un simple médico familiar; por lo contrario, era cirujano gineco-obstetra. El tema de su tesis fue la estrechez del útero, que en algo anuncia su preocupación por el cuello del cisne. ¿No te parece?

--Ya que menciona al cisne, ¿cuándo, quiero decir, bajo qué particularidades estéticas escribe el famoso soneto "Tuércele el cuello al cisne"?

--Cuando hubo encontrado su voz definitiva. Este *tuércele el cuello al cisne* tiene como significado el final de una época y el inicio de otra. Mi abuelo es un poeta que tiene un pie puesto en el modernismo y otro más allá, fuera del modernismo. Él supo detectar los recursos oropelescos del modernismo, las palabras huera, la espuma poética del modernismo, su superficie ornamental, su retórica; de ahí que se haya constituido, mi abuelo, en la autognosis del modernismo; es decir, abrió las puertas para el posmodernismo. En ese posmodernismo yo colocaría a poetas como Tablada y López Velarde. Todos los poetas

de la generación del 98 reconocen en Enrique González Martínez a un poeta central, admiten su deuda hacia él porque le quitó los afeites a la poesía que privaba en ese entonces. En otras palabras, mi abuelo tiene un importante significado histórico en la historia de la literatura mexicana.

--¿A partir de qué libro, Enrique González Martínez se aleja de la fastuosidad del modernismo?

--Hagamos un recuento. *Preludios* y *Lirismos* son dos libros que a mi abuelo no le gustaban mucho. Porque había ahí una coincidencia sin diferencia con la literatura de la época. Más aún: *Preludios* es un tránsito de la poesía neoclásica al modernismo; incluso registra influencia de poetas latinos. *Lirismos* es un libro modernista, el más modernista de todos. Así que en estos dos libros González Martínez aún no daba con su propia voz. (Por cierto, en el tránsito entre estos dos volúmenes iniciales muere la madre de Enrique González Martínez, doña Feliciano; la desaparición de su progenitora dejó sumido al poeta en la más absoluta depresión, pues tenía en su madre no sólo la comunicación espiritual que suele haber en toda relación filial, sino a la confidente literaria, al ejemplo de la voluntad por sobre la apatía, a la ternura y comprensión encarnados en un alma femenina. ER) En su siguiente libro, *Silenter*, por fin "se encontró a sí mismo", en palabras suyas. Se trata de un poeta sin ornamentos, más profundo. Mientras que en el libro que le sigue, *Los senderos ocultos*, ya González Martínez se manifiesta en toda su expresión poética. Ahí se encuentra el soneto del

cisne, que en su momento significó toda una provocación. Bien podría decirse que así como el búho fue el animal levantó el vuelo de su poesía -*su animal poético*, como para Darío el cisne, para Lizalde el tigre y para Poe el cuervo-- , el cisne murió sepultado en su poesía. No en balde el título de otro de sus libros: *La muerte del cisne*. Gran título, por cierto.

Periódico “EL FINANCIERO”, Cultural.

Viernes 15 de septiembre de 1995.